Paloma y Bambino

Luis Miguel González González

Image not found.

Capítulo 1

Dedicado a:

Mi madre y mi hermana. Gracias por

haber estado a mi lado en los buenos y malos

momentos vividos durante esos duros años.

PRÓLOGO

La historia que os quiero contar sucedió hace muchos años, después de mediados del siglo XX. Transcurre a primeros de los años setenta y, como toda historia, tiene sus protagonistas y un espacio donde desarrollarse. No es un cuento de infancia aunque se le parezca; más bien se trata de las aventuras y desventuras de dos perros que vivieron en esos años, al amparo de un niño preadolescente, historias compartidas que estos dos perros y su joven dueño desearon que se conocieran hoy día.

Eran otros tiempos, ni mejores ni peores pero sí distintos; cuando la televisión, el teléfono y un simple aparato de radio eran considerados artículos de lujo; cuando jugar a las canicas, a pídola, al aro o al escondite era lo más habitual; y cuando un tirachinas no era un arma sino un entretenimiento propio de niños. Los perros eran igual que ahora pero sus dueños guardan muy poco parecido con los actuales y con las circunstancias que les rodean.

Como podéis imaginar, mi historia tiene lugar en el campo, en un pueblecito castellano de la provincia de Toledo, más concretamente entre la Sierra de San Vicente, la Sierra de la Higuera y el valle del río Alberche. El pueblecito, La Nava, siempre fue un pueblo humilde, limítrofe con Madrid y Ávila, muy cerca del valle del río Tiétar. La pequeña aldea está totalmente rodeada de montes y valles, habitados por una infinidad de especies arbóreas y matorral, lo que se denomina monte bajo, así como por multitud de especies de animales salvajes de toda índole, desde las pequeñas comadrejas y pajarillos hasta jabalíes y aves rapaces, pasando por diminutas lagartijas, lagartos y culebras de más de dos metros de largo. Todo este entorno delimita el área donde viven los dos perros y el muchacho, protagonistas de mi historia.

Cuando Mariano cumplió los once años, gracias a una beca, se fue a estudiar a un seminario, lejos de su tierra. Estudiar era un lujo y para el hijo de un labrador era casi impensable; de no ser por la beca que el niño había conseguido, por méritos propios, no hubiera podido salir del pueblo; a pesar de su innata inteligencia hubiera tenido que seguir los pasos de su padre y dedicarse a la agricultura y la ganadería.

La ausencia del niño la acusaron los perros que, en principio, no comprendían dónde podía estar su amito; habían pasado de las salidas diarias al campo a las largas estancias en la casa de la familia; eran pocas las veces que el padre de Mariano les llevaba al campo; el hombre estaba tan atareado en sacar a la familia adelante que no les dedicaba mucho tiempo; sólo en el mes de octubre, cuando empezaba la temporada de caza, el labrador se dejaba acompañar de ellos y, de vez en cuando, les animaba a cazar, pero sólo cuando había terminado sus faenas agrícolas o ganaderas.

Esta historia va dirigida tanto a niños del siglo XXI como a los que ya no son tan niños y recuerdan esos años no por ser una época de escasez y, en algunos casos, de miseria sino con nostalgia de los buenos momentos vividos en su infancia.

Pero permitidme que os cuente esta historia a través de los perros y del jovencito Mariano, los verdaderos protagonistas, más que nada porque a mi entender ellos tienen más sensibilidad que las personas que, como yo, tenemos una cierta edad y, por desgracia, con el transcurrir de los años vamos perdiendo la que un día, como niños, tuvimos. Los perros hablan en su idioma y nos entienden perfectamente, mucho mejor que nosotros a ellos; saben escuchar y, a su forma, nos trasmiten sus inquietudes y desean hacerse entender y que les prestemos atención, por lo menos en la misma medida que ellos nos comprenden, nos escuchan y obedecen.

Por todo esto os pido que leáis su historia, para entender lo que nos quieren transmitir estos dos canes y un chico de sólo once años; sólo ellos nos pueden enseñar cosas que los hombres más relevantes ni siquiera pueden imaginar, cosas de la vida rural, desde su punto de vista.

Ésta es la entrañable historia de Paloma, Bambino y Mariano.

OTOÑO 1970

Corría el mes de septiembre y el verano tocaba a su fin. La casa de Mariano se había quedado muy vacía, sólo quedaban su hermanita y los padres; él había ido a estudiar muy lejos, pero eso Bambino no lo sabía. El setter de largo pelo cobrizo, que apenas contaba con tres años de edad, deambulaba por el corral esperando que, de un momento a otro, el pequeño de la casa hiciera su aparición preparado

para ir al campo; pero eso no iba a suceder. Paloma, la perrita beagle, que ya había cumplido los seis años, entró en el portal de la casa, algo que tenían prohibido, en busca del chico, pero lo único que encontró fue la regañina de la madre del niño.

Paloma, blanca como la nieve, era una buena cazadora y, a pesar de su pequeño tamaño, era muy veloz, aunque no tanto como Bambino que además era un excelente nadador e incluso buceaba tras los patos.

Pasaron los días y Mariano seguía sin dar señales de vida; esto no era normal y los dos perros preveían un invierno triste sin la compañía del pequeño de la familia. Pronto empezaría la temporada de caza y con el padre del niño no era lo mismo, con el chico la diversión estaba asegurada.

Un lunes, cuando el sol empezaba su recorrido diario, los tres que quedaban de la familia estaban desayunando y, como siempre, cuando acabaron les dieron las sobras a los dos perros que lo comieron con desgana.

-¿Sabes tú qué le ha pasado al chico?-preguntó Bambino a su compañera esperando que ella supiera del paradero de Mariano.

-No le ha pasado nada-contestó ella-, he oído a la madre decir que se ha ido a estudiar fuera.

-¿Es que no puede estudiar en el pueblo, como siempre?-Bambino no podía admitir que su amito les hubiera abandonado, no comprendía que no pudiera ir a la escuela como todos los niños del pueblo.

-Bambino, el niño ya ha crecido y tiene que empezar a ser un hombre-le explicó Paloma-. Tú cuando eras pequeño no ibas de caza, pero cuando creciste él te enseñó y ahora eres un gran cazador; pues él tiene que aprender como tú lo hiciste.

-Pero yo sin él me aburro-se lamentó el setter-; y su padre casi no nos saca de casa.

-Tú no te quejes-le contestó la beagle-, cuando quieres saltas la pared del corral y te largas tan tranquilamente, mientras que yo me tengo que quedar en casa.

-Yo te ayudaré-Bambino había encontrado la solución para que su compañera pudiera salir a la calle.

-¿Cómo?

-La puerta del corral, la que da a la calle, tiene una tabla suelta que yo puedo abrir desde fuera-Bambino se levantó y animó a su compañera a que se acercara a dicha puerta.

El hábil perro, apoyándose en la leñera, dio un salto y se encaramó en la pared de piedra; caminó unos metros por ella hasta llegar a la pared que daba a la calle y saltó al vacío, cayendo al suelo de tierra amortiguando la caída con sus poderosas patas. Se acercó a la puerta y escarbando repetidamente en la tabla suelta consiguió separarla lo suficiente para que el pequeño cuerpo de Paloma atravesara la puerta saliendo a la calle. Esa ranura era la que usaba Bambino para entrar al corral; otras veces trepaba por la pared del vecino que era bastante baja y, a través de la leñera de éste, subía a la pared del corral de sus dueños.

-Gracias Bambino-le dijo ella a la vez que le lamía los largos pelos del cuello.

-De nada, guapa, cuando quieras salir sólo tienes que decírmelo-dijo altanero y encaminando sus pasos hasta una calleja que llevaba a un arroyo cercano-. Sígueme, vamos a dar un susto a los patos.

-Sigues siendo un cachorro, ¡lo que te gusta molestar a los patos!-le recriminó Paloma a la vez que se lamía un arañazo en el costado, provocado por la tabla de la puerta.

Bambino, a pesar de su juventud, se sentía el protector de la frágil Paloma de los ataques de otros perros.

Una vez que la perra aprendió el truco de la puerta raro era el día que no se escapaba con el perro, aunque siempre volvían a la hora de la comida y a la de la cena. Su dieta consistía, casi siempre, en sobras de las comidas de la familia y algo de pan y leche; cuando habían cazado alguna pieza sus dueños siempre les daban una parte como premio, sobre todo los huesos.

Pasaban los días lentamente sin que Mariano volviera a casa; ellos pasaban el tiempo lo mejor que podían. Un día muy lluvioso el dueño de la casa salió al corral vestido con un impermeable y unas botas de goma; llevaba en su mano derecha un báculo que los perros conocían muy bien, era el palo que siempre llevaba cuando iba de caza. Paloma se puso muy contenta, pues los días de lluvia las zarzas casi no pinchaban y la tarea principal de ella era sacar los conejos de los matorrales; el experto en cogerles a la salida era Bambino, que siempre esperaba dando vueltas alrededor del zarzal; nunca se metía entre los espinosos matorrales pero siempre adivinaba por dónde saldría el conejo que

ahuyentaba su compañera de cacería.

Ambos animales agradecieron a su dueño la salida al campo, demostrándoselo con piruetas y moviendo sus colas insistentemente. A la salida del pueblo cogieron un camino flanqueado por ambos lados por encinas y robles. No tardaron más de tres cuartos de hora en llegar a una gran finca que el padre de Mariano tenía a unos tres kilómetros del pueblo, en dirección a la Sierra de San Vicente. La finca estaba ocupada por las vacas de cría y algunos terneritos recién nacidos que mamaban tranquilamente, ajenos a la visita del dueño y de los perros; éstos procuraban no acercarse para no llevarse un susto. La propiedad rústica era un cerro plagado de encinas y enebros que, junto con montones de piedras y algunas zarzas, formaban morras, donde se ocultaban tanto conejos como perdices y otros animales; la fauna de la zona era muy diversa y abundante. Salpicaban las cinco hectáreas de tierra otros matorrales como retamas, escobones y torviscas.

Lo primero que hizo el dueño fue beber de la fuente que manaba a borbotones regando una pequeña vega. Animó a los perros con insistencia y éstos empezaron a moverse en una morra cercana a la fuente. Ante el acoso de Paloma salió un pequeño conejo que se refugió en un agujero cercano, lo que no le dio tiempo a Bambino a hacerse con él.

-Tienes que estar más atento-le recriminó Paloma saliendo de debajo de los matorrales.

-No me dio tiempo a reaccionar y además era muy pequeño-se disculpó Bambino quitando importancia a la pieza que se le había escapado.

-Siempre con disculpas. Estoy empapada, claro como tú no te mojas con esa melena que tienes…-a Paloma no le gustaba mucho el agua, algo que a Bambino le encantaba, sobre todo si era en los arroyos persiguiendo a algún pato, ánade u otras especies acuáticas.

-No seas tan señorita-Bambino se rio de ella-, no veas la pinta que tienes toda blanquita y llena de barro; necesitas un baño.

Paloma se sacudió el barro y corrió con rapidez hacia unas retamas, cerca de una gran piedra de granito. Empezó a olfatear y, de repente, se paró mirando fijamente y moviendo la cola con insistencia. Tanto el hombre como el setter captaron el mensaje de la pequeña rastreadora. Antes de que el dueño llegara al lugar, Bambino, de un salto certero, cayó sobre una gran liebre que descansaba en la cama hecha entre la hierba, atrapándola entre sus fauces; cogida por detrás de la cabeza la sacudió de lado a lado, atontándola, hasta que el hombre se la quitó y acarició a ambos perros, en señal de agradecimiento. Sin duda ese

día se llevarían los canes un buen trozo de liebre para comer.

A mediados de noviembre empezaron a caer las primeras nieves sobre la comarca, vistiendo de blanco los campos de la zona. Para Bambino y Paloma no eran buenas noticias; no saldrían de caza, ya que con nieve estaba prohibido, salvo que se escaparan de casa y se fueran ellos por su cuenta. Si estuviera Mariano seguro que sí les llevaría, era muy travieso y se saltaba algunas normas, como un crío que era. Los perros le echaban mucho de menos y pasaron unos días muy tristes; escaparse por el corral no era tan fácil, la nieve acumulada en las paredes lo hacía peligroso, incluso para el hábil Bambino.

Se acercaba la Navidad y, debido a las lluvias, la nieve había remitido bastante; sólo quedaba nieve en las umbrías de los montes. Una tarde el setter decidió salir de casa y ayudó a su compañera a salir por la vieja puerta.

-Estoy harto de estar encerrado y de comer siempre lo mismo- le dijo Bambino a la perra-; nos vamos a ir a las laderas de ese cerro a ver si cogemos un conejo para nosotros solos. Todavía queda nieve y será fácil coger uno para comer.

-Me parece bien-contestó Paloma mientras se esforzaba por salir a la calle por la ranura de la puerta.

Atravesaron el arroyo cercano y, campo a través, llegaron a un cerro húmedo y sombrío cuyo suelo estaba cubierto por una espesa capa de nieve. Paloma rastreó bajo unos enebros sin obtener resultado, sólo unas perdices que huyeron asustadas por los perros. Tras varios intentos fallidos, de entre unos escobones secos y apilados salió veloz un conejo que, al pisar la nieve, perdió velocidad y se vio atrapado por Bambino que estaba al acecho. Éste cogió al roedor entre sus dientes y seguido por Paloma, que no paraba de saltar, se tumbaron al lado de una soleada pared de piedra. En pocos minutos dieron buena cuenta del banquete que ellos mismos se habían procurado. Tras un breve descanso regresaron a casa atravesando el arroyo por el puente; tenían demasiado llena la tripa como para atravesar por el agua. Esta comilona les sirvió para pasar los últimos días del otoño un poco más felices.

INVIERNO 1970-1971

La Navidad venía precedida por el comienzo de un frío invierno y una tarde, sin saber de dónde había salido, apareció Mariano en el corral de su casa desatando la locura de los dos perros que se abalanzaron sobre él, obligándole a sentarse en el suelo para evitar que le tiraran. El chico también sentía la misma felicidad de encontrarse, después de tres meses,

con sus queridos amigos de aventuras; a pesar de tener muchos amigos en el pueblo, con quien más disfrutaba el niño era con sus perros del alma.

-Este chico estás más flaco, ¿qué comerá?-dijo Paloma mientras lamía el delgado brazo del muchacho.

-Como en su casa seguro que no come-contestó Bambino dejándose acariciar su larga melena por el chico-; de lo que sí estoy seguro es que nos va a sacar todos los días al campo.

-No paráis un rato en casa, sois los dos iguales, siempre de caza o a pájaros-le recriminó Paloma que, aunque le gustaba salir, también deseaba descansar en casa de vez en cuando.

Estando Mariano en casa la tarea de ir a atender las vacas recaía en él; no constituía ningún trabajo, tan sólo se limitaba a coger el caballo tordo con una pequeña carga de pienso y llevarlo, montado a lomos del rocín, a la finca donde esperaban los hambrientos animales, rebuscando las pocas hierbas que quedaban entre los matorrales. Bambino y Paloma les seguían por el sombrío camino rodeado de robles, encinas e infinidad de árboles y arbustos. Una vez que el muchacho ponía la comida en los pesebres y extendía algo del heno, acumulado en el verano en grandes montones, los dos perros reclamaban su atención. Mariano dejaba el caballo suelto para que compartiera comida con las vacas y empezaba, junto a sus inseparables canes, la breve cacería. Saltando la pared le su propia finca se perdieron los tres por las umbrías de los cerros colindantes, desde donde se divisaban con toda claridad tanto el valle del Tiétar como la Sierra de Gredos, totalmente cubierta de nieve.

-Este chico sabe dónde y cómo cazar-dijo Paloma-, seguro que después de pasar estas laderas nos lleva a la solana, donde habrá más conejos.

-Es verdad, si nos ha traído por esta fría umbría seguro que es para usarlo como atajo-Bambino no paraba de ir y venir rodeando todos los matorrales y zarzales que veía a su paso, mientras que Paloma buscaba entre ellos algún rastro o indicio de la presencia de conejos.

Cuando llegaron al valle ya se dejaban ver los rayos del sol que tímidamente empezaban a calentar. Empezaron a subir por la soleada ladera, en la que se notaba más vida. Pronto Paloma encontró un rastro que siguió hasta un enorme zarzal; Bambino empezó rápidamente a dar vueltas alrededor mientras que el chico animaba a la perra a buscar bajo las zarzas.

-¡Ánimo Paloma, busca, busca!-dijo Mariano, siendo obedecido de inmediato por la beagle blanca que sin pensarlo se introdujo entre los espinosos matorrales.

Pronto, la perra empezó a chillar de una forma característica, síntoma de que algún conejo se escondía entre las húmedas zarzas. El ruido que provenía del interior alertó al setter que buscaba la posible salida del gris roedor.

-¡Vamos bonita, ya le tienes!-insistía el muchacho que sostenía un palo de retama en su mano derecha, ligeramente curvado, con el que golpeaba insistentemente encima del matorral para asustar al conejo.

-¡Bambino, ahí te va!-Paloma avisó a su compañero para que estuviera atento.

-Ya le veo, viene derecho a mí-le contestó el perro que esperaba agazapado en una de las salidas del zarzal.

El conejo, bastante grande, dio un gran brinco al ver al can y con un regate certero emprendió una explosiva carrera en busca de un refugio más seguro, el cual encontró entre unas piedras de granito; Bambino tropezó con su hocico en una de las piedras y empezó a ladrar. Se le había escapado pero estaba atrapado en una larga grieta entre dos piedras; el perro no podía llegar hasta el conejo ni tampoco Paloma que le acechaba por el otro lado de la estrecha "cachavena". A pesar de la dificultad los dos perros sabían que ese conejo no se iba a escapar, su amito tenía recursos para sacarle vivo del escondite; ambos perros se mantuvieron en posición esperando la decisión de Mariano. Éste cogió una larga retama e hizo una incisión con su navaja en la parte más estrecha de la vara, formando una "hila".

-Aparta a un lado-Mariano retiró con su mano izquierda a la perra e introdujo la larga vara en la grieta hasta tocar con la punta al conejo.

Los perros miraban nerviosos la maniobra del chico que, girando el palo, atrapó al roedor en pocos segundos tirando de él hasta cogerlo con la mano que tenía libre. Los perros saltaban intentando quitárselo, lo que casi consigue Bambino. El muchacho metió el conejo en una talega de tela que, posteriormente, ató. Una vez cazada la pieza emprendieron el camino de regreso al cerro, donde les esperaba el caballo que intentaba disputar algunos restos de heno a las vacas. Mariano montó en el caballo y, seguido de cerca por los dos perros, volvió al pueblo. Bambino y Paloma estaban contentos por la vuelta del muchacho y jugueteaban a espaldas del jinete, ante las continuas protestas del caballo que, de vez en cuando, soltaba alguna coz sin encontrar su objetivo, ante

el alborozo de los canes.

-¡Esto es vida!-exclamó Bambino-, espero que no se vuelva a ir.

-Eso no va a pasar, seguro que no estará con nosotros mucho tiempo, sólo habrá venido a pasar la Navidad con su familia-Paloma intentó desanimar a su compañero, sabedora de que el niño se iría de nuevo a estudiar, sólo que, en vez de ir a la escuela del pueblo, se tendría que ir muy lejos.

-¡Tú siempre dando ánimos!-protestó el setter

-Y tú siempre en las nubes, no te enteras de nada, sólo piensas en la caza y en el juego. Los hombres tienen muchas cosas que hacer y el niño tiene que aprender-trató de explicarle la beagle.

La Nochebuena se celebró en familia y los perros tuvieron su propio festín con las sobras del gallo que el padre de Mariano había matado para celebrar la Navidad. En la mesa familiar no había muchos excesos, dada la situación humilde y de escasez por la que atravesaban; aparte del hermoso gallo que la madre preparó en pepitoria, sólo algunas lonchas del jamón de la matanza y un poco queso de vaca constituían la cena navideña; unos dulces caseros sirvieron de postre, al que siguió una corta velada en la que todos cantaban algún villancico.

Las vacaciones invernales siguieron tras la Navidad. Una copiosa nevada no fue motivo para que el pequeño de la familia saliera de caza, a escondidas, apenas había empezado el nuevo año. Seguido por los dos perros se perdieron por un camino poco transitado y por el que el muchacho sabía que sería difícil encontrarse con algún guarda o con la misma Guardia Civil. Abandonaron el camino, atravesando algunos olivares, y en un pequeño cerro cercano al pueblo empezaron su cacería particular. Mariano no quería volver al colegio sin antes darse una alegría y dar otra a sus fieles compañeros de correrías.

Paloma había señalado una pieza entre unas piedras y así lo hizo saber, chillando de una forma muy peculiar. El chico intentó trepar por una lancha cubierta de nieve con tan mala suerte que pisó en una hendidura y cayó rodando hasta la base de la piedra. La rozadura en la pantorrilla le arañó la piel, de la que manaba abundante sangre; el muchacho era duro, se aguantó el dolor y, sacando un pañuelo de su bolsillo, se limpió la herida. Los dos perros abandonaron la posible presa y corrieron al lado de su dueño. Bambino enseguida se puso a lamerle la herida, ante las protestas del chico que intentó inútilmente apartarle.

-Deja en paz al niño, no ves que no le gusta que le lamas-le regañó Paloma que apoyaba sus patitas delanteras en la espalda del

chico, recibiendo las caricias de éste.

-Pero así le curo la herida, si vale para las mías tiene que valer para las suyas-Bambino tenía razón pero a Mariano le escocían los lametones de su querido perro.

El setter, cansado de recibir reproches, se tumbó sobre la nieve cerca de su amo, esperando que se levantara pronto. El golpe había sido fuerte y, además del raspón, se había hecho mucho daño en el culo; estuvo sentado en la nieve hasta que se empapó los pantalones y, haciendo un esfuerzo, se levantó dando por terminada la aventura del día.

-Nos vamos a casa. ¡Arriba Bambino, levántate!, vamos Paloma-les ordenó con signos de dolor.

Renqueante trepó por la pared que daba al camino de vuelta a casa; posiblemente le esperara una regañina por parte de su madre, pero el muchacho ya estaba acostumbrado. Lo que más sentía era el haber roto los pantalones, su madre se los zurciría pero no sin antes decirle lo desastre que era. Entró a la casa por la puerta trasera que daba al corral, encontrándose con su madre que estaba echando de comer a las gallinas.

-¡Cómo vienes!-le regaño la madre-. Anda, lávate esa herida que ahora te la curo; traes los pantalones para tirarlos, ponte otros y no te muevas de casa si no quieres que se lo diga a tu padre.

-No es para tanto-contestó Mariano-, los zurces y ya está. Sólo he ido detrás de los olivares y me he caído, quería coger algún conejo antes de irme.

-Te voy a dar yo conejos-protestó su madre.

Después de lavarse la herida con agua oxigenada, dejó que su madre le pusiera una venda y se puso a jugar en el corral con los perros, lo que alborotó a las gallinas que picoteaban los granos de trigo y escarbaban en la tierra en busca de gusanos que llevarse al pico.

Esa noche el niño lloraba en la soledad de su dormitorio; sabía que el accidente sufrido en su corta aventura podría traer consigo el correspondiente castigo, por parte de sus padres, para el resto de las vacaciones; indirectamente este castigo afectaría a los dos perros. Nadie de la casa le oyó llorar, pero sí sus fieles amigos que dormían en el corral, subidos en unas balas de paja que estaban arrinconadas contra la pared de la habitación del muchacho.

-El chico está llorando-advirtió Bambino.

-Ya le estoy oyendo-dijo Paloma-, lleva así un buen rato, seguro que le ha castigado su padre; eso es lo que ha conseguido por desobedecerle.

-No hace nada malo, sólo alguna travesura que otra-contestó Bambino esperando la consabida regañina de su compañera.

-Lo mismo que tú, sois los dos iguales-la perra le contestó de la forma que esperaba el setter que ella lo hiciera.

-Somos jóvenes, si ahora no somos inquietos, ¿cuándo lo vamos a ser?-dijo Bambino tratando de olvidar el llanto del muchacho y conciliar el sueño, aunque se ponía muy triste cuando le veía u oía llorar.

Tanto los dos perros como el chico terminaron por dormirse entre fantasías y aventuras soñadas.

Quedaban muy pocos días de vacaciones y la nieve no se derretía; el muchacho trató de aprovecharlos saliendo con sus amigos, gracias al hijo del médico del pueblo podía ver la televisión; no había muchos aparatos de esos en la pequeña localidad toledana y entre sus amigos sólo tenía Ismael, el citado hijo del galeno. Por las mañanas Mariano atendía al ganado vacuno y después de comer, cuando caía la tarde, se juntaba con su amigo para ver una serie de aventuras que tenían lugar en el fondo del mar, a bordo de un submarino.

El penúltimo día de sus vacaciones amaneció soleado y la poca nieve que quedaba se derretía rápidamente, pero el chico seguía castigado. El padre le mandó que fuera a llevar el pienso a las vacas y se ocupó de que los perros no se fueran con él; acompañó a su hijo hasta la salida del pueblo y, cuando le vio coger el camino a lomos del caballo, regresó a casa satisfecho de que el muchacho no se metiera en líos.

Mientras tanto, en el corral se libraba una pequeña discusión entre los canes. Bambino estaba dispuesto a escaparse tras el muchacho, algo que Paloma no aprobaba.

-Me voy con él-dijo el perro levantándose del suelo y estirándose todo lo largo que era, para desperezarse.

-Te vas a meter en un lío y le vas a perjudicar al chico-le advirtió Paloma que descansaba sobre una alpaca de paja, después de haber comido un poco de pan con leche.

-Es que me aburro-era la eterna queja del setter.

-Pues te vas solo al arroyo, yo no pienso acompañarte-Paloma seguía tumbada sin ninguna intención de seguir a su joven compañero-; y no te metas en ninguna bronca, luego no digas que no te he avisado.

-Pues ahí te quedas, ¡sosa!-Bambino trepó a la leñera y desapareció de la vista de la perra en pocos segundos.

Sabía perfectamente dónde había ido su amito, sólo tenía que seguirle a cierta distancia y presentarse en la finca una vez que el muchacho hubiera llegado. Bambino era muy inteligente y no quería dejarse ver en compañía del chico, si alguien le veía por el camino se lo contaría al padre y le volvería a castigar; no tomó el camino en ningún momento, nada más salir del pueblo, afortunadamente la casa estaba a las afueras, saltó la pared de un olivar cercano y atravesando una finca tras otra se hizo presente en el cerro, donde ya Mariano estaba repartiendo el pienso en los pesebres de las vacas.

El muchacho se alegró mucho al ver a su perro que se abalanzó sobre su pecho lamiéndole la cara insistentemente, gesto que correspondió el chico acariciándole la cabeza.

-Te has escapado, bien hecho chaval-a veces Mariano le trataba como si se tratara de un chico joven y revoltoso como él-. Espera que termine de echar el heno y nos damos una vuelta por el cerro de al lado.

El perro se tumbó al sol mientras su jovencito dueño acababa su tarea, yendo y viniendo de la corralera donde estaba el heno y esparciendo grandes horquilladas de pasto seco por la pradera cercana a la fuente, donde saciaba su sed el caballo tordo.

Hasta la hora de comer tenían tiempo de dar una batida por los alrededores, aunque sin Paloma no sería lo mismo; la habilidad que tenía la beagle para rastrear la caza no la tenía el setter, aunque la suplía con una extraordinaria astucia para acercarse a cualquier pieza que detectase y saltar sobre ella sin darle tiempo de reaccionar.

Al pasar al lado de una gran mata de retamas un ruido alertó tanto al perro como al chico; éste tomó precauciones ante lo que él creyó que no podía ser un conejo; efectivamente, casi andando se alejaban una pareja de zorros adultos, posiblemente macho y hembra, asustados por la presencia de Mariano y del perro. Éste empezó a ladrar e hizo amago de perseguir a los raposos, pero el chico intervino rápidamente.

-¡Quieto Bambino, no te muevas!

El perro obedeció de mala gana pero no dejó de ladrar lo que provocó la rápida huida de los zorros que desaparecieron pronto entre la maleza.

Seguramente los ladridos habían asustado a los pocos animales de los alrededores, motivo por el cual se alejaron de la zona unos cien metros y saltaron a la finca colindante, mitad pradera y mitad monte poblado, en su mayor parte, por un hermoso enebral.

El chaval seguía al perro que, yendo de un lado para otro, buscaba algún conejo que le proporcionara una buena carrera; si saltaba la pieza procuraría llevarla hacia el chico que, provisto de su palo de retama, ayudaría al perro a atrapar al grisáceo animalito. En un momento dado Bambino se quedó inmóvil frente a una morra de enebros y, con mucha cautela, avanzaba paso a paso sin perder de vista el conjunto de espinosos árboles, ni siquiera para mirar al muchacho. "Seguro que ha visto perdices"-pensó Mariano quedándose parado en el momento que vio al perro señalar las posibles gallináceas.

Perdió de vista al setter que se agazapó entre los árboles; seguidamente se oyó un intenso revoloteo de aves que salían despavoridas por todos los lados de la morra, huyendo de las fauces de su enemigo. Bambino salió de entre los enebros portando en su boca una perdiz roja; caminando altanero se acercó a entregar el ave, algo desplumada, al niño que la metió en la talega y acarició al orgulloso setter, correspondiéndole éste plantando sus patas delanteras, llenas de barro, en la cazadora del chico y lamiéndole la cara y las manos.

-¡Cómo me has puesto!, te voy a perdonar porque estás hecho un hacha-Mariano se sentó en una piedra y acarició insistentemente al cazador.

No esperaban cazar nada, sólo pasar un buen rato, por lo que con la perdiz a buen recaudo Mariano decidió dar por terminada la aventurilla y regresar a casa. Estaba orgulloso de su perro, posiblemente la pieza cazada le salvaría de una reprimenda por parte de su madre. Ésta al ver la perdiz perdonaría a su hijo que llegara de barro hasta los zancajos, no en vano el muchacho había procurado una buena comida a la familia.

Llegaron al pueblo a la hora de comer; Mariano ató el caballo en una pradera a la salida del casco urbano, junto al pequeño huerto en el que, en primavera, su padre sembraría toda clase de verduras y hortalizas. El muchacho no quiso que Bambino se fuera solo por su entrada "secreta", así que optó por entrar por la puerta principal, acompañado del orgulloso can que, nada más entrar en el portal, llenó de

huellas todo el suelo, ante el enfado de la madre.

-¿Cuántas veces os he dicho que no entréis con los pies llenos de barro?, ¡mirad cómo lo habéis puesto todo!-les regañó.

-Ya me quito las botas. ¡Toma!-Mariano, ya en el corral, dio a su madre la hermosa perdiz-. ¿La vas a hacer antes de que me vaya al colegio?

-Bueno…-respondió ella cariñosamente-, pero ahora lávate y entra a comer, hay cocido y tu padre está al llegar.

Mariano había acertado en su pronóstico, la perdiz había ablandado el corazón de la mujer que guardó la pieza en un sitio fresco y empezó a preparar la mesa para comer, con la poca ayuda de la pequeña de la familia. Al muchacho le encantaba el cocido, a pesar de que lo comían tres o cuatro veces por semana. Su madre lo cocinaba aprovechando la carne de cerdo de la reciente matanza y los garbanzos que ellos mismos cultivaban en una herrén. Cuando ya estaba la comida en la mesa llegó el padre de buen humor y se dirigió a su hijo, ante el silencio por parte de la madre sobre la aventura matutina del muchacho.

-Ya he visto el caballo en la pradera. ¿Has echado suficiente heno a las vacas?

-Sí…-el niño hizo una pausa y luego se confesó-. Bambino se ha escapado y ha ido solo al cerro, pero ha cogido una perdiz.

-Es verdad-aseguró la madre.

-Este perro no hay quien le sujete, tiene más pájaros en la cabeza que tú, y ya es decir-le dijo el padre al chico, ante el silencio de éste.

-¡Mira papá!-la niña pequeña se había levantado de la mesa y traía en sus diminutas manos la perdiz que había cazado el perro.

-Sí que es hermosa. Mañana la preparas y nos la comemos, al fin y al cabo la ha cazado el niño y que la pruebe antes de irse al seminario-dijo el hombre dirigiéndose a su mujer.

Las vacaciones de Mariano llegaban a su fin y con él la tristeza se volvería a apoderar de los perros. Toda la familia se dedicaría durante muchos días a la recogida de la aceituna, una vez que desapareciera la nieve. Los olivos presentaban un aspecto envidiable y estaban listos para regalar a sus dueños el fruto que les cubriría las necesidades de aceite para todo el año. Serían unos días de duro trabajo que había que alternar con el cuidado del ganado vacuno, por lo que a Bambino y Paloma no les

quedaba más remedio que resignarse a alguna salida esporádica con el padre del muchacho.

A últimos de febrero el astro Sol empezaba a calentar en lo que era un anticipo de la primavera. La nieve había desaparecido por completo hacía muchos días y había dado paso al florecimiento de los almendros, vistiendo parte del valle con su atractiva flor. En la lejanía se divisaban las cumbres de Gredos, donde todavía se acumulaban grandes placas de nieve que empezaban su lento deshielo.

Bambino volvía a echar de menos a Mariano y eran muchos los días que se escapaba de casa, acompañado de vez en cuando por Paloma.

-Mira Paloma, ¡cómo va el arroyo!-dijo el setter aplastándose al borde del agua.

-Está peligroso para que yo pueda cruzarlo-contestó la perra mientras olfateaba por la orilla-, yo me vuelvo al corral.

-Espérame sólo un momento-le pidió el perro.

El setter se levantó y retrocedió unos pasos; emprendió una veloz carrera y, cogiendo impulso, saltó al otro lado del arroyo ante la atónita mirada de la beagle. Se metió tras unas piedras y volvió a saltar sobre un grupo de patos que se calentaban al sol. No tuvo la suerte que otras veces, una pequeña rama de higuera le impidió caer sobre ellos que corrieron al abrigo de la corriente del torrente, desapareciendo entre sus aguas. El perro, resignado, volvió a saltar hasta la orilla donde le esperaba Paloma.

La pareja volvió a casa por la puerta trasera; Bambino, tras apartar la tabla para que entrara su compañera, buscó la pared del vecino para volver al corral de sus dueños. Casi no se habían mojado ninguno de los dos pero ambos se tumbaron buscando el calor de los rayos del sol.

Cada día que pasaba se notaba la cercanía de la primavera, con su explosión de vida.

PRIMAVERA 1971

Había empezado muy lluviosa la incipiente primavera, lo que hacía presagiar unos meses llenos de vida; todos los animales del campo agradecerían las lluvias que traerían consigo la abundancia de comida para sus crías. Muchas de las gallinas que había en el corral habían empezado, a primeros de abril, a empollar sus huevos y pronto se verían

amarillentos polluelos salir del cascarón.

También en los arroyos las aves acuáticas habían construido sus nidos, aunque la mayoría lo pospondrían para el mes de mayo, al igual que el resto de pájaros; muchos de éstos esperarían a que los cereales, sembrados en noviembre, empezaran a granar y, así, surtirles de comida durante el final de la primavera y todo el verano.

-Pronto nacerán los pollitos-dijo Paloma a un aburrido Bambino que sesteaba sobre una de las balas de paja, cerca del gallinero-; espero que no les molestes.

-Sabes que desde que me regañó la dueña no he vuelto a molestar a las gallinas-protestó el perro.

-Te conozco y seguro que lías alguna-le advirtió la perra.

-¡Que no!-protestó el perro mientras, levantándose de la paja, se desperezaba-Esperaré que vuelva el chico para que me lleve al arroyo grande.

-Pues tendréis que ir con mucho cuidado-le previno la astuta beagle-, un día os va a pillar el guarda.

-¿Tú no vas a venir con nosotros?-preguntó Bambino.

-No, prefiero esperar al verano; ahora hay demasiada agua por todos los sitios y me pongo perdida de barro-le explicó ella.

-Pero seguro que nos lleva a la viña, hay buen camino y allí no hay barro-trató Bambino de animarla.

-A la viña sí pero al arroyo no quiero ir-parecía que la perra daba una pequeña esperanza a su compañero.

La familia tenía una plantación de vides a no más de dos kilómetros del pueblo y, a mediados de abril, el chico solía entretenerse quitando los brotes que salían en el tronco de las cepas. Era una tarea fácil y daba mucha vitalidad a la vid que, una vez eliminados los brotes sobrantes, veía crecer sus sarmientos rápidamente.

El “Viernes de Dolores”, a la hora de la comida, en la casa había un plato más en la mesa; en el coche de línea procedente de Madrid había venido Mariano, con su pequeña maleta, a pasar unas cortas vacaciones de Semana Santa. Lo primero que hizo, después de dar un beso a su hermanita, fue salir al corral y abrazar a Bambino que se abalanzó sobre él, haciéndole retroceder unos pasos. Después cogió a la

pequeña beagle y le colmó de caricias.

-Lávate esas manos y vente a comer-era la voz de la madre-, ¡siempre manoseando a los dichosos perros!

-Ya voy-contestó el chico mientras se lavaba en un cubo de agua que había en el corral, bajo las canales.

-Esta mujer nos tiene manía-protestó Bambino que siguió al muchacho hasta el portal de la casa, recibiendo la regañina de la mujer.

-No nos tiene manía, pero no quiere que entremos en la casa, ya lo sabes de otras veces-le corrigió Paloma.

-Eso son manías, muchas veces entramos y salimos por el portal y no nos dice nada-dijo el perro.

-Eso es cuando vamos acompañados y, de todas formas, no le gusta-Paloma no quiso seguir discutiendo con el perro, buscó un rincón apartado en el corral y se tumbó al sol.

Después de la comida al chico le faltó tiempo para ponerse sus zapatillas, un pantalón corto y coger el tirachinas. Por lo visto no estaba dispuesto a llevarse a los perros, sólo pretendía salir por los alrededores del pueblo en busca de pájaros. Salió por la puerta del corral ante la mirada de incredulidad de Bambino. "No puedo creer que no me lleve con él"-pensó el perro que se había levantado de un salto. El chico pasó junto a él, le acarició y siguió su camino, cerrando la puerta al salir.

El setter no se iba a quedar quieto, quería ir con su amo y, trepando por la leñera, salió a la calle dispuesto a seguirle el rastro.

Tras un corto rastreo encontró a Mariano, tras la pared del huerto recién arado, acechando a los pájaros que buscaban gusanos en la tierra removida. Los negros tordos bajaban en bandadas desde los tejados de las casas cercanas y se posaban sobre el suelo de la pequeña finca que esperaba a ser sembrada en los próximos días. Con el bolsillo abarrotado de pequeñas piedras el chico no paraba de disparar con su inseparable tirachinas, sin acertar en ningún momento a ninguno de los pájaros que, al ver la llegada del setter, se alborotaron y huyeron del lugar.

-¡Ya me los has espantado!-protestó el muchacho mientras acariciaba las melenas del perro.

Guardó su nuevo tirachinas que había compuesto con unas viejas gomas de la cámara de una moto, una zapata de cuero y una horquilla de almendro. El intento de cacería había terminado con la

llegada de su perro.

El lunes de Semana Santa amaneció un soleado día de abril y Mariano se disponía, después de desayunar, a ir a la viña. Su madre le había preparado unas alforjas con pan, queso, chorizo y jamón para que saciara el hambre a media mañana. Llamó a los perros para que le acompañaran y éstos obedecieron al muchacho, mostrando su alegría moviendo sus colas y entrando en la casa, ante las protestas de la madre.

-No te los puedes llevar, sabes que ahora no se puede cazar-dijo la mujer a su hijo.

-Les voy a llevar atados y no voy a cazar, sólo quiero que me acompañen-se explicó el chico a la vez que cogía dos correas y las enganchaba en los collares de ambos perros.

No les gustaba ir atados, pero mejor así que quedarse en el corral todo el día. Los tres abandonaron la casa y cuando llegaron a las afueras del pueblo, pasando junto al cuartel de la Guardia Civil, tomaron una carretera vecinal que llevaba a la viña; cuando recorrieron algunos metros, fuera de la vista de los vecinos, el muchacho desató a los perros, junto a un camino.

-Vamos a la viña-les explicó sabiendo perfectamente que los dos animales comprenderían lo que les quería decir.

Mariano siguió caminando por la carretera mientras que Bambino y Paloma se perdieron por el camino. Muchas veces habían hecho esto antes, el muchacho seguía solo y los dos perros iban, por su cuenta, por el camino, encontrándose los tres en el viñedo. Así evitaban los comentarios de la gente que se encontraban por el camino y luego, una vez los tres juntos, harían lo que les viniera en gana.

Los dos perros dejaron el camino y atravesaron un gran encinar que flanqueaba la carretera por ambos lados. No se entretuvieron para nada por lo que llegaron mucho antes que su dueño. Esperaron pacientemente al lado del portillo que daba acceso a la finca.

-Hoy te vas a divertir-le comentó Paloma a su cobrizo compañero.

-Eso espero, no creo que el amito se entretenga mucho con las cepas, seguro que donde esté estudiando no se divierte como con nosotros-contestó el setter.

En eso tenía razón, al muchacho se le notaba triste cuando tenía que irse del pueblo; no así cuando volvía del colegio, circunstancia

que devolvía la alegría a su rostro. Esto lo apercibían rápidamente los dos inteligentes canes que procuraban siempre estar cerca del delgaducho muchacho.

Mariano llegó dando pequeños saltos y abrió el portillo, volviendo a cerrarlo cuando entraron los tres. Buscó un enebro junto a una gran piedra de granito que cuando llovía servía de refugio y colgó las alforjas. Empezó a quitar los chupones de las cepas y, de vez en cuando, cuando pasaba cerca de una morra, animaba a sus leales amigos a buscar entre los matorrales. Cuando el sol estaba en todo lo alto se sentó bajo el enebro, entre sol y sombra, y abrió la fiambrera que le había preparado su madre; se preparó un bocadillo de chorizo y otro de queso y jamón; parte del pan que le sobró se lo dio a los canes que dieron buena cuenta de ello; posteriormente se tumbaron a su lado aprovechando algún trozo que se le caía al muchacho. Con un buen trago de agua de la cantimplora terminó su modesta comida. No tenía muchas ganas de seguir con la tarea, así que recogió las alforjas y entró en un prado colindante por el que fueron los tres hasta un reguero cercano que serpenteaba por el valle conocido como el “Veneruelo”.

A ambos lados del arroyuelo abundaban las zarzas, entre las que se criaban espárragos silvestres que Mariano sabía buscar con total maestría. Por su parte los perros hostigaban a los pequeños conejos que se escondían rápidamente en las galerías subterráneas que se encontraban a pocos metros del reguero.

Hábilmente y sin evitar algún pinchazo que otro de las traicioneras matas espinosas el chico iba cogiendo uno tras otro los largos y tiernos espárragos que sobresalían de los zarzales, unos verdes y otros de un color mucho más oscuro, pero todos comestibles. Las zarzas salían por todas partes, tanto de las paredes de piedra como entre los almendros, encinas, enebros y todo tipo de árboles que crecían a ambos lados del reguero. El muchacho iba bien equipado con un traje de pana que le protegía de las zarzas y unas botas de goma para poder recorrer las tierras enfangadas.

Paloma y Bambino se daban por satisfechos con la compañía del chico, aunque éste no les hiciera mucho caso cuando buscaba espárragos en cualquier hueco entre los matorrales que apartaba con su palo de retama. Le siguieron de cerca hasta llegar al final del reguero que desembocaba en un gran arroyo que, debido a su profundidad, el muchacho no pudo vadear. Estaban muy cerca de la carretera y Mariano llevaba un gran manojo de espárragos que ató usando la piel de una torvisca. Si se daba prisa llegaría a la hora de comer, el bocadillo de media mañana lo había digerido con el ejercicio de la recolección de espárragos. Se lavó las manos en el arroyo dejando ver algunos arañazos, por otro lado inevitables, en sus pequeñas manos. Se colgó las alforjas y

despidió a sus perros.

-¡Paloma, Bambino, a casa!-les ordenó.

El setter y la beagle agacharon las orejas y con paso rápido buscaron el camino que les llevara de regreso a casa. Sabían que el muchacho iría por la carretera con la esperanza de que pasara algún coche que le evitara la caminata. Ese día tuvo suerte, un ganadero, conduciendo un viejo coche que usaba para llevar comida a sus vacas, paró y dijo al muchacho que subiera.

-Sube Mariano, que llegas tarde a comer-le dijo el hombre.

-Gracias-dijo el chico subiendo al automóvil-¿Viene usted de las vacas?

-Sí…-contestó el hombre-¡Vaya manojo de espárragos que llevas, chaval!

-Los he cogido en el "Veneruelo", tengo para unas cuantas tortillas, si quiere unos pocos…-el chico alargó el manojo de espárragos al hombre que los rechazó con habilidad.

-No, llévaselos a tu madre, así te evitarás que te regañe, ¡llevas barro hasta en las cejas!-se rio el ganadero.

-No importa, eso se lava-contestó Mariano con auténtico desparpajo, lo que hizo que el hombre soltara una carcajada.

-Demonio de muchacho, eres listo. ¿Eran tus perros los que ladraban?

-Sí, pero hoy no he cazado nada-se explicó el chico.

-Les tienes bien enseñados, nunca se les ve contigo y siempre aparecen donde tú estás-el hombre conocía bien a Mariano y era muy amigo de su padre, con quien solía jugar la partida casi todas las tardes.

-Trabajo me ha costado; ellos saben dónde quiero que vayan con sólo decírselo, no quiero que me pille la Guardia Civil con algún conejo y si los perros no vienen conmigo ellos ni se imaginan lo que llevo-Mariano explicó al hombre la estrategia que siempre le había salido bien.

-Haces bien chico, si coges algún conejo siempre está bueno con patatas o al ajillo-el hombre paró el viejo coche en el cruce de carreteras para que Mariano bajara.

-Muchas gracias-Mariano salió corriendo para llegar a casa cuanto antes.

Cuando llegó ya su madre preparaba la mesa para comer y los perros habían llegado consiguiendo un buen trozo de pan duro que comían ávidamente en el corral; sin que le dijera nada su madre se cambió de ropa y entregó el gran manojo de espárragos a su padre que sonrió orgulloso de su hijo.

-¿Has hecho mucho en la viña?-le preguntó su padre.

-No mucho, sólo diez hileras de cepas, pero hacía mucho calor-se disculpó el chico.

-Está bien, sólo quiero que sepas que en esta vida hay que saber hacer de todo; todavía eres pequeño, aunque aprendes de prisa, como a atar con una simple torvisca-el padre admiraba la maestría del niño para usar todo lo que la naturaleza ponía a su alcance.

-Eso me lo enseñó usted-Mariano siempre llamaba de usted a su padre y de tú a su madre-; también me he restregado las manos con la piel de la torvisca y ya no me escuecen.

-Está bien, pero lávatelas otra vez antes de comer-le pidió su madre.

El muchacho obedeció y se lavó las manos en una palangana que tenía agua tibia.

Comió rápidamente y salió de casa camino de la casa del médico, quería pasar un rato con su amigo Ismael y, a poder ser, ver su serie favorita en compañía de él; con un poco de suerte la madre de su amigo les daría una buena merienda.

Los días que restaban de las vacaciones, Mariano se quejó de un dolor en la garganta y tuvo que guardar cama. La fiebre le tenía acobardado, el médico le había diagnosticado anginas y todos los días iba el practicante a inyectarle penicilina. Ante la importancia de la enfermedad el médico recomendó que le operaran, aunque ello supusiera un coste para la familia y que el chico se perdiera lo que quedaba de curso.

-Tenéis que llevarle a Madrid para operarle-dijo el médico, padre del mejor amigo de Mariano.

-Como usted diga-asintieron los padres.

A los pocos días ingresaron al muchacho en una clínica de la capital y un cirujano le extirpó las amígdalas. Necesitaba unos días de

reposo hasta que cicatrizaran las heridas y, una vez que volvió al pueblo, pasó casi un mes sin apenas salir de casa; sólo salía por las tardes con su amigo y alguna mañana acompañaba a su padre al campo, pero éste no le dejaba hacer nada.

Así pasó casi todo el mes de mayo. Cuando el médico le dio el alta definitiva ya era muy tarde para que fuera al colegio. Sus profesores decidieron examinarle en septiembre para comprobar si estaba preparado para pasar de curso. Esta situación abría para el muchacho unas largas vacaciones, aunque tendría que estudiar y ayudar en las tareas del campo.

La primavera estaba en todo su esplendor, los huertos estaban sembrados de toda clase de hortalizas, los prados mostraban todo su verdor y los pájaros no paraban de ir i venir a sus nidos, surtiendo a sus polluelos de toda clase de alimentos. Eran los días preferidos por Mariano para, como decía su madre, no parar en casa ni un solo minuto.

Uno de los maestros de la escuela del pueblo ayudó a Mariano con alguna de las asignaturas, por lo que el muchacho, algunos días, compartía clase con sus antiguos compañeros como Ismael, un año menor que él. En el recreo no paraba de jugar a las canicas, ampliando su colección de bolas de cristal cada vez que ganaba; era muy habilidoso y tenía un bote lleno de bolas de todos los colores. Cuando salía por la tarde iba derecho a casa de sus abuelos, que vivían cerca de la escuela, donde su anciana abuela le preparaba una suculenta merienda, a base de pan y unas onzas de chocolate. Los perros se habían acostumbrado a recibir al chico a media tarde y le esperaban nerviosos en el corral; cuando el muchacho hacía su aparición los dos canes reclamaban su salida diaria. Mariano dejaba la cartera con los libros y cogía su tirachinas. Abandonando la casa, se encaminaba a los olivares cercanos con intención de coger algún pájaro. Sobre todo le gustaba buscar nidos de palomas o tórtolas; cuando localizaba uno esperaba a que las crías estuvieran crecidas y luego las cogía para criarlas en casa, en unas grandes jaulas de madera y alambre. Cuando se acercaba el final de la primavera había conseguido enjaular más de cinco aves y un par de conejos que él mismo criaba.

Bambino siempre andaba merodeando cerca de las jaulas con el consiguiente enfado del chico.

-¡No les molestes!-Mariano separó el hocico del perro del habitáculo de los conejos.

El setter se retiró resignado, pero sin perder de vista a los pequeños animales.

-¡Cuánto te gusta molestar!-le regañó Paloma, siempre más tranquila y que no tocaba nada que no le dieran sus dueños.

-Sólo quería ver los conejitos, no les voy a asustar-se explicó Bambino, harto de los reproches de su compañera.

-Aunque tú no quieras, sólo con verte ellos se asustan y no comen-insistió la perra.

-Vale gruñona-el perro se alejó de las jaulas buscando un lugar sombreado en el que tumbarse.

Pronto empezaría el verano y las tareas del campo se acumulaban. El padre de Mariano no encomendaría muchas al chico, habida cuenta que acababa de recuperarse de su operación. Prefería que aprovechara las clases que pudiera para las pruebas que le pondría el maestro, sólo para comprobar el nivel del muchacho y que cuando hiciera los exámenes de septiembre, en su colegio, fuera bien preparado.

A mediados de junio Mariano aprobó todas las pruebas que le puso el maestro; éste le recomendó que estudiara durante el verano y así no tendría problemas para pasar de curso, a pesar de haber perdido un trimestre por culpa de las anginas.

Se preveía un verano caluroso, aunque las copiosas lluvias de la primavera habían vestido al campo de un verdor que todavía duraba y los árboles frutales y los huertos rebosaban de frutos.

VERANO 1971

Libre de clases y de la mayoría de las labores del campo, Mariano disponía de mucho tiempo libre para él y sus perros. La siega y recogida del heno era dura y el padre sólo le había encargado que atendiera a las vacas y una pareja de cerdos que engordaban en una zahúrda contigua al huerto. Sólo necesitaba echar de comer a los gorrinos dos veces al día y, por la mañana, llevar el pienso a los añojos que cebaban para venderlos en la próxima feria de septiembre.

La caza abundaba y, salvo los fines de semana que el sonido de las escopetas se oía por toda la campiña, todos los días Mariano procuraba llevarse los perros al campo; hasta octubre no se podía cazar con perros pero el chico tenía sus recursos, tanto para saltarse las normas como para ocultar sus esporádicas presas. “No sé porqué yo no puedo cazar, si no tengo escopeta tengo a mis perros”-era el sencillo

razonamiento del chaval.

Una mañana, después de alimentar a los marranos, cogió su caballo y cargó el pienso. Los perros, nerviosos, buscaban la atención del chico a una distancia prudencial del rocín, por miedo a sus patadas. El chico abrió la puerta del corral y, después de sacar el caballo, acarició a los dos perros y les transmitió su deseo.

-Vamos a Navalcruz, al cerro-parecía como una contraseña que los perros entendían.

Montó a lomos del caballo y los dos perros le siguieron hasta el huerto, donde se bifurcaba el camino; el chico se desvió camino de la carretera y los dos animales trataron de seguirle.

-¡No, quietos!-les ordenó el muchacho-, vosotros por el camino. ¡Paloma, Bambino, por el camino!

Tanto el setter como la beagle agacharon las orejas y siguieron el camino a buen paso. No era la primera vez que lo hacían, Mariano iría por la carretera montado en el caballo, sin ser visto en ningún momento en compañía de los perros. Éstos irían por el camino y, si veían a alguien, abandonarían el sendero para ir atravesando una finca tras otra hasta llegar al cerro donde esperarían al muchacho. Siempre llegaban antes que él y, tumbados a la sombra, esperaban pacientemente.

Pronto oyeron el relincho del caballo que los canes conocían perfectamente; el jinete había llegado con su pequeña carga y se disponía a repartirlo entre los dos añojos que esperaban ya junto a sus pesebres. Los pardos zorzales y los negros mirlos revoloteaban en los pesebres intentando hurtar algunos granos a los animales, así como las rabilargas y hurracas buscaban entre los excrementos moscas y gusanos con que alimentar a sus recién nacidas crías. Bambino se entretenía en asustar a los plumíferos animales que volaban de un lado a otro, evitando las acometidas del perro.

Hacía bastante calor por lo que Mariano se limitó a dar una vuelta alrededor de la finca, observando que no se hubiera caído ninguna pared. Paloma y el revoltoso Bambino rastreaban a pocos metros del chico; el perro se alejó un poco y, entre unos tomillos, levantó un conejo de su cálida cama que emprendió veloz carrera buscando las galerías subterráneas que eran su única salvación. Corrió tras él a gran velocidad, acercando su morro a la blanca cola del roedor, pero sin poder cogerle; mientras tanto la astuta beagle corría hacia el posible escondite del conejo, cortándole su trayectoria; el conejo intentó esquivarla sin conseguirlo y se vio atrapado por la perra, que le sujetó con fuerza, esperando la llegada del muchacho que, no con algunos apuros, logró

liberar al conejo de los dientes de Paloma.

-¿Has visto Bambino?-dijo la perra, orgullosa mientras recibía las caricias de agradecimiento del chico.

-Sí, lo he visto, pero tampoco es para tanto-le contestó el setter, algo contrariado por no haber sido él quien atrapara al roedor.

-Soy más astuta que tú, tú correrás mucho pero yo sabía dónde quería ir el conejo-siguió recalcando su astucia.

-Por eso hacemos buena pareja-Bambino terminó dando la razón a su blanca compañera.

Mariano se sentó a la sombra de una encina y preparó el conejo para llevarle a casa. Éste había muerto por las heridas causadas por la perra. El chico tendría que pasar delante de la pareja de la Guardia Civil, que había visto anteriormente apostada en un cruce de la carretera con el camino. "Seguro que todavía siguen allí"-pensó el muchacho. Saltó la pared de la finca contigua, una viña muy frondosa, y cortó varios sarmientos con todas sus hojas; haciendo un pequeño haz, con el conejo cazado entre las ramas, lo ató con una cuerda de esparto y volvió al cerro, dispuesto a volver a casa.

Nada más salir al camino se deshizo de los perros, como otras muchas veces había hecho.

-¡Vamos chicos, a casa!-les ordenó cariñosamente, pero tuvo que insistir por segunda vez-. ¿No me habéis oído?, nos vamos.

A la segunda vez los perros obedecieron y Mariano les perdió de vista en cuestión de segundos. Bien sabía el muchacho que cuando llegara a casa ellos le estarían esperando en el corral.

A lomos del caballo tomó el camino de vuelta por la carretera, hasta el camino donde todavía estaba la Benemérita. Dejó que el rocín bebiera de una fresca fuente que manaba entre unas piedras y volvió a salir a la carretera, por delante de la pareja de guardias. Normalmente los hombres sólo se fijaban en que la talega fuera vacía, no pensaban que el chico intentara pasar alguna pieza de caza delante de sus narices.

-Buenos días-saludó Mariano a la vez que espoleaba al caballo para que aligerara el paso.

-Buenos días chaval, ¡qué pequeño se te ve encima de ese enorme caballo!-bromeó uno de los guardias.

-Sí, es que es muy grande, pero muy noble-asintió el chico.

-¿Es para las cabras?-dijo uno de ellos señalando el pequeño haz de sarmientos.

-Para la cabra, sólo tengo una-el chico les siguió la corriente.

-Pues date prisa, que se lo coma fresquito-dijo el guardia de más rango- y ten cuidado con la carretera no se asuste el caballo de algún coche.

-Gracias-Mariano volvió a espolear al caballo con sus talones dejando atrás a la pareja que vigilaba desde la buena vista que ofrecía el lugar elegido para sentarse.

Una vez más el chico había pasado delante de ellos con su conejo a buen recaudo, sin levantar la más mínima sospecha. Por otra parte sabía que si algún día le descubrían sólo le quitarían la pieza y se llevaría una regañina, salvo que se topara con el cabo, muy amigo del padre del muchacho. El cabo sólo le regañaría, sabía que el chico sólo cazaba para poder comer conejo de vez en cuando y variar la comida rutinaria que constituía el cocido.

A primeros de julio la siega de cereales había empezado y, muy pronto, Mariano tendría que trillar en la era de su padre. Mientras el hombre segaba y acarreaba la mies, el chico uncía una pareja de caballos y trillaba el trigo, el centeno, la cebada y cualquier cereal que su padre extendiera en la parva.

Los primeros días del estío el calor se hacía insoportable en las primeras horas de la tarde. Mariano soltaba los caballos de la trilla, les daba agua y, bajo un moral, se echaba una corta siesta hasta que el calor iba remitiendo. Hasta la caída del sol no paraba de trillar, cantando como cualquier galopín mayor que él, arreando a los caballos con su pequeño látigo de cuero.

Pocos días fueron los que trilló el muchacho, no era mucha la mies recogida y pronto abandonaron la era. El verano tenía por delante mucho tiempo libre. Su padre se encargaría de las vacas y Mariano sólo tendría que madrugar para ir a coger higos con los que alimentar a los cerdos hasta que llegara la época de matanza, para últimos de noviembre.

Raro era el día que seguía el consejo del maestro y se ponía a estudiar; estaba más pendiente de salir con sus perros y jugar con los amigos del pueblo.

Cada día ponía el ojo en algún capricho campestre, fuera cazar o irse a algún arroyo en el que bañarse. En los alrededores había muchos arroyos, pero ninguno comparable con el arroyo “La Parra”, al que el chico llamaba “arroyo grande”. Éste rara vez dejaba de correr y en pleno verano estaba salpicado por grandes charcas en las que abundaban los patos, ranas, culebras de agua, galápagos y otras especies que hacían las delicias del muchacho.

Paloma cayó enferma a mediados de agosto, cuando a Mariano le quedaba menos de un mes de vacaciones. Al principio el padre del chico creía que se trataba de una mala reacción a la vacuna que le inyectaron a últimos de julio; pronto salieron de dudas, el veterinario encontró en la perra una infección provocada por un parásito. El tratamiento que la puso hacía que la perra adelgazara rápidamente, a pesar de que la fiebre había remitido. Bambino era muy reacio a dejarla sola y no acompañaba a su amito casi ningún día. Se pasaba las horas al lado de su compañera lamiéndola cariñosamente.

-Te tienes que poner buena-le decía continuamente-, tengo ganas de que me acompañes a cazar, sin ti no es lo mismo; el chico y yo no cazamos casi nada.

-Me duele mucho la tripa-se quejaba ella mientras se hacía un ovillo intentando aliviar su dolor.

-Pero tienes que comer más, te estás quedando muy delgada-el setter guardaba parte de su pan para que su inapetente compañera tocara a más ración de comida.

-No puedo, sólo me apetece la leche fresca-la perra notaba la tristeza que había a su alrededor, sobre todo al chico que se desvivía por ella.

Mariano todas las mañanas, nada más levantarse, preparaba leche fresca con pan y con una pastilla, recetada por el veterinario, salía al corral para atender a su pequeña beagle. Ésta tomaba la medicina a regañadientes, no así la leche con pan que la comía en un santiamén.

Con los cuidados del niño la perra fue mejorando y recuperó fuerzas para, por lo menos, pasear en compañía del muchacho por los alrededores del pueblo; por mucha voluntad que pusiera no estaba en condiciones de salir de caza. Alentados por la mejoría de Paloma pronto empezaron, Bambino y Mariano, las continuas salidas.

Una calurosa tarde el jovencito cogió el caballo dispuesto a ir al arroyo grande a bañarse. El perro estuvo atento a los movimientos del chico que, sigilosamente, sacó el rocín de la cuadra y salió a la calle por el

corral.

-Me voy con el chico-dijo el setter a la perra-, ¿no te importa quedarte sola?

-Vete, yo ya estoy mejor y tú hace mucho que no sales, pero gracias por preocuparte por mí-le contestó Paloma, sabedora del cariño que el perro le profesaba.

-Gracias guapa, ya verás como te traigo un regalo-Bambino se levantó y salió corriendo a la calle, antes de que Mariano cerrara la puerta.

El muchacho acercó el caballo a una pared, se subió a ella con intención de montar en el rocín cuando el perro se quedó inmóvil, mirándole fijamente a los ojos.

-¿Te quieres venir?-preguntó el chico al perro que no paraba de mover su peluda cola.

El perro sólo esperaba la indicación de su amo para saber el camino que tendría que seguir.

-Está bien…espérame en el arroyo grande. ¡Venga, vete al arroyo grande!-repitió el chico a la vez que montaba en el caballo.

El perro lo había entendido, sobre todo al ver la dirección que tomaba el jinete. Salió corriendo delante del caballo y les dejó atrás nada más salir del pueblo.

El arroyo estaba bastante lejos del pueblo. Mariano había ensillado el caballo con una vieja silla de montar, en vez del habitual aparejo. Sujetando bien las riendas espoleó al caballo y empezó un trote continuo; a ese paso no tardaría mucho en llegar al puente donde seguro le esperaría su fiel perro.

Cerca del puente, por el que atravesaba la carretera, se extendía una pradera a ambos lados del arroyo que todavía dejaba correr por su cauce algo de agua; si llovía a primeros de septiembre el arroyo La Parra no se secaría. Bambino llevaba un largo rato tumbado a la sombra de un sauce que descansaba las puntas de sus ramas sobre una pequeña charca; de vez en cuando se sacudía las apestosas moscas que, saliendo de las orillas, intentaban picarle o depositar sus huevos sobre la piel del setter. Al fondo de la pradera, fuera de la vista de la carretera, había una enorme balsa de agua, era el sitio preferido por Mariano para bañarse, lejos del alcance de la vista de algún curioso que pasara por la carretera o por el camino cercano. Algunos días se encontraba con otros chicos pero

esa tarde la charca estaba desierta.

Bambino se levantó como un resorte cuando vio entrar en la pradera al muchacho a lomos del poderoso rocín. El chico desmontó de un salto y desensilló el caballo, atándole de las bridas con una larga soga que anudó al tronco del sauce; no estaba dispuesto a que se le escapara el rocín; la soga era lo bastante larga como para que el caballo comiera en la pradera y pudiera beber del cauce del arroyo.

El perro estaba impaciente porque el muchacho se decidiera a bañarse. Mariano se desnudó por completo, pero no se quitó las zapatillas para evitar los palos o piedras que pudiera haber en el fondo del estanque natural. Poco a poco se metió en el agua cristalina, aunque algo fría, lo que provocó en el delgaducho cuerpo un breve escalofrío. El setter le siguió hasta la orilla y se aplastó en la hierba.

-Vamos, cobarde-Mariano le animó echándole agua con las manos ante los gestos de desaprobación del perro que se puso en pie ladrando desmesuradamente mientras miraba a la espalda del chico.

Los ladridos iban a más y se metió en el agua dando un gran salto que salpicó al desnudo muchacho; acto seguido nadó veloz en dirección a su dueño, sin dejar de ladrar.

-¿Qué te pasa?, ¡vaya escándalo que estás formando!-le regañó Mariano advirtiendo que varios patos habían huido de entre las matas de bambú que había en la cabecera de la charca.

Antes de que el perro llegara a su altura, el chico sintió como una quemazón en su muslo derecho, lo que le hizo soltar un grito de dolor, se echó la mano a la zona y pudo ver cómo le salía un pequeño hilo de sangre, provocado sin duda por la mordedura de una pequeña culebra de agua que se alejaba rápidamente, perseguida por el perro. El ofidio se ocultó rápidamente en el fondo de la charca, ante los esfuerzos desesperados del perro por encontrar al pequeño animal. Mariano salió del agua, la herida sangraba muy poco pero el escozor era intenso. No era la primera vez que le pasaba y sabía cómo curárselo. Las culebras de agua tenían una pequeñísima cantidad de veneno para atontar a sus pequeñas presas, pero a un animal que fuera mayor que un simple ratón no le hacía ningún efecto, salvo los picores que apenas duraban una hora.

El chico se lavó la herida con agua limpia y se la secó con el pañuelo que siempre llevaba en el bolsillo del pantalón corto. Después arrancó del suelo un trozo de césped con barro abundante y apretó el cepellón contra la herida, durante unos minutos. El alivio que sintió fue instantáneo y además evitaría la hinchazón de la zona. Cuando el picor era más suave se volvió a lavar y se anudó el pañuelo en forma de venda, volviendo al agua de inmediato. El perro, que había tratado de lamerle la

herida, ante el rechazo de Mariano volvió a zambullirse en el agua en busca de algún pato; tarea inútil ya que los había espantado con sus ladridos.

Las ranas saltaban desde la orilla, desapareciendo bajo el agua y volviendo a asomar sus cabecitas esperando atrapar alguna mosca que pasara a su lado. Sobre una lancha de granito, fuera del agua, dos grandes galápagos tomaban el sol; Mariano los vio y trató de que el perro no les asustara.

-¡Quieto ahí, no te muevas!-le ordenó al perro que previamente había salido del agua.

El setter, con signos de desgana, obedeció al muchacho; éste se puso los pantalones y la camiseta; cogió la talega de tela que siempre llevaba consigo y dando un rodeo se apostó tras una piedra para observar a las pequeñas tortugas, que no alcanzaban los veinte centímetros. Arrastrándose sigilosamente por la hierba llegó hasta la altura de los galápagos que no advirtieron la presencia del jovencito. Estaban los dos muy juntos, casi rozándose con sus caparazones. "Va a ser fácil"-pensó el muchacho.

De un rápido salto cayó sobre ellos, poniendo la talega encima de los anfibios y cortándoles su salida natural buscando el refugio de la charca; rápidamente introdujo uno en la talega mientras agarraba al otro por el caparazón, dejándole indefenso. Con los dos galápagos a buen recaudo el chico regresó donde le esperaba impaciente Bambino. Soltó uno delante del perro, al que no le gustaban mucho los raros animales, y éste le dio con sus patas y su hocico hasta ponerle panza arriba.

-¿No te gustan los bichos?-le dijo Mariano volviendo al animalito a la talega-, pues a los ratones tampoco. Estos dos los voy a soltar en el huerto, ya verás cómo desaparecen los bichos.

Bambino escuchaba atentamente a su dueño, no entendía muy bien lo que decía pero sabía que a esos galápagos los volvería a ver en el huerto; el muchacho sabía que ahuyentaban a los ratones que se comían las patatas y todo lo que podían, estropeando parte de las cosechas.

La parejita de cazadores fue arroyo arriba, buscando una charca rodeada de chopos y sauces; era una gran balsa de agua muy sombría, donde buscaban refugio los patos. Bambino tenía competencia, una familia de nutrias habitaba en los alrededores, aunque de momento no daban señales de vida.

-Ánimo Bambino-el chico azuzó al setter para que buscara entre los matorrales de la orilla, a la vez que él se apostaba, escondido

entre unas cañas de bambú, tirachinas en mano.

En la orilla abundaba la “munición”, pequeñas chinas y cantos rodados. Cargó su “juguete” con una pequeña piedra y apuntó a una rana que había en la orilla contraria y disparó, fallando ante la sorpresa del anfibio que saltó al agua de inmediato.

Bambino localizó una pareja de ánades, aplastados a poco menos de dos metros del agua. La única salida que tenían era hacia el arroyo, ya que la espesura del matorral les hacía imposible remontar el vuelo. El astuto perro se dio cuenta de esta circunstancia y entró en el arroyo, con mucha cautela para no salpicar; nadando muy despacio y asomando sólo la cabeza, se plantó frente a las palmípedas sin que éstas notaran su presencia. Mariano, ajeno a todo esto, se afanaba en escudriñar la orilla en busca de cualquier animal que fuera digno de su tirachinas. De pronto se oyó un alboroto, a pocos metros de él; el setter había atacado a los ánades y éstos, sorprendidos por el perro, intentaron alcanzar el agua; uno sobrevoló la cabeza del can que, en su intento de atraparle, falló la dentellada; el otro ánade esquivó a Bambino por un costado, pero éste, en un rápido movimiento, saltó detrás del ave, sumergiendo más de medio cuerpo en el agua, con la cabeza por delante. Cuando emergió, entre sus fauces se podía ver a la palmípeda debatiéndose por escapar, intento que no prosperó.

-¡Bravo chico!-le animó Mariano quitándole el ánade de su fuerte boca.

El orgulloso setter agradeció las caricias del muchacho plantándole, como siempre, sus patas llenas de barro en el pecho. “No importa, otro baño y a casa”-pensó el chico.

Tras el corto baño, Mariano montó en su caballo y regresó al pueblo, no sin antes mandar al perro a casa, que iría por el sitio de costumbre. Los dos galápagos los llevaba en la talega y el ánade envuelto en su camiseta; aunque se lo vieran en esos tiempos estaba permitida la caza de galápagos y aves. Con el frágil torso desnudo, a lomos del tordo rocín, volvió a casa muy contento por el resultado de su pequeña aventura por el arroyo grande.

Bambino llegó pronto al corral, donde le esperaba la todavía débil Paloma.

-Te he traído un regalito-le dijo a su compañera.

-¿Qué es?-preguntó la beagle con impaciencia.

-Un pato con su cabeza de plumas verdes, y lo he cogido yo

solito-se enorgulleció el perro-. Seguro que nos dan parte del pato.

-Eso espero, pero gracias de todas formas por preocuparte por mí-Paloma siempre admiraba los gestos que el peludo setter tenía con ella.

Mariano llegó pronto y, tras atar el caballo en la pradera contigua al huerto, entró en la casa por la puerta principal, mostrando orgulloso el enorme ánade que había cazado su perro.

-Madre, las entrañas se las das a Paloma-fue el saludo del chico nada más entrar en el portal.

-¡Qué hermoso es!-se asombró la mujer cogiendo el pato que pesaría unos dos kilos-. Las entrañas las coceré y se las daré a la perra, a ver si se recupera la pobre.

La pequeña de la familia fue corriendo tras su hermano que salía al corral con la talega en la mano.

-¿Me traes algo?-preguntó la diminuta hermanita con voz de pito.

-Claro hermanita-le complació Mariano metiendo la mano en la talega y sacando uno de los galápagos ante la sorpresa de la niña.

-¿Qué es eso?-preguntó la pequeña con cara de susto al ver lo que a ella le parecía un feo animal.

-Es una tortuga-le contestó mientras el galápago estiraba su cuello fuera del caparazón.

-¡Que fea es!-se apartó de su hermano.

-Te quiere dar un beso-dijo el muchacho acercando el galápago a la carita de su hermana.

La niña corrió despavorida en busca de su madre.

-¡Madre, madre!, Mariano quiere que bese a ese “bicho”-gimoteó la pequeña de la familia.

-Mariano, deja a la niña en paz-intervino la madre.

El travieso jovencito terminó convenciendo a su hermana para que le acompañara al huerto; aunque a regañadientes ella aceptó.

-Luego nos traemos unos tomates-le dijo Mariano, cogiendo una gran cesta de mimbre.

El muchacho soltó a los dos animales en la alberca llena de agua y su hermanita los observaba con los ojos como platos; al poco rato la pareja de galápagos salieron del pequeño estanque y se refugiaron entre unas matas de judías, ocultándose de la mirada de los niños.

-¿Hay que echarles de comer como a los cerdos?-preguntó la pequeña.

-No, éstos comen solos, se comen todos los bichos y ya verás cómo desaparecen los ratones del huerto-le explicó Mariano.

Aunque eran muy diferentes, los dos muchachos se llevaban muy bien y el chico siempre salía en defensa de su hermana cuando la madre, zapatilla en mano, quería castigarla por alguna de sus muchas travesuras. A pesar del cariño que se tenían, a Mariano le gustaba hacerle rabiar alguna vez.

Los dos niños recogieron tomates maduros, unas judías verdes y algunos pepinos, regresando a casa con la cesta casi llena de hortalizas.

Las vacaciones terminaban para Mariano que, debido a que había faltado a las clases del último trimestre, tenía que incorporarse antes que sus compañeros para examinarse del curso anterior. No podría estar en las fiestas del pueblo, a mediados de septiembre.

Una fresca madrugada de septiembre, junto con su madre, montaron en el autobús que les llevaría a Madrid. Una vez en la capital, un tren le llevaría hasta el seminario donde estudiaba el chico.

Tuvo tiempo suficiente de despedirse de sus perros; la beagle mejoraba poco a poco con los cuidados de los padres del chico.

EPÍLOGO

El verano tocaba a su fin y la rutina diaria se volvería a repetir como en años anteriores.

Mariano había aprobado todas las asignaturas consiguiendo pasar de curso y renovar su beca; y así se lo hizo saber a sus padres en una breve carta. “Queridos padres: he aprobado todo y me dan otra vez la beca. Estoy bien, espero que también vosotros lo estéis. Cuidad de mis perros y que los galápagos no se escapen del huerto. Ya me diréis cómo

está Paloma. Muchos besos y otro para mi hermanita”

Los padres se sintieron orgullosos de su hijo que, a pesar de sus travesuras, era buen estudiante, sabedor de que tenía que estudiar si quería evitar muchas de las duras labores del campo. Casi ninguna le gustaban y para la mayoría de niños del pueblo era su futuro, una vez terminados los estudios primarios. Un domingo, en los primeros días del otoño, el padre le contestó a su carta.

“Querido hijo: nos alegramos de que aprobaras todo; eso es lo que tienes que hacer pues aquí ya sabes lo que te espera. Si sigues consiguiendo la beca podrás estudiar, sabes que el dinero no nos sobra, así que aprovecha el tiempo. Estamos todos bien, ya hemos terminado de vendimiar. Hemos recogido mucha uva y ahora estoy haciendo vino en la bodega. Paloma ya está bien y la he llevado de caza; está más fuerte y no corre peligro; tus galápagos siguen en el huerto, algún día les veo y otros están escondidos. Tu hermana sigue dando toda la lata que quiere, tanto en casa como en la escuela, ya sabes lo nerviosa que es. Recibe un fuerte abrazo de tus padres, que te quieren, y de tu hermana que te echa mucho de menos”